

Homilía del Emmo. Cardenal Francisco Koenig en la clausura del Año Jubilar Paulino

(Tarragona, 25-1-1964)

SAN PABLO, APOSTOL Y DOCTOR DE LOS GENTILES

La estatua de San Pablo, representando al Apóstol hundido en meditaciones delante de su basilica en Roma, lleva la inscripción: «Praedicatori veritatis, doctori gentium». El Apóstol mismo se enorgullece de este título en su carta a Timoteo ¹: «Para cuya promulgación fui yo constituido heraldo y apóstol... maestro de los gentiles en la fe y en la verdad». Sus cartas expresan repetidas veces esta su convicción personal de haber sido llamado por Dios como Apóstol de los gentiles y de haber recibido de Cristo la misión especial de llevar el Evangelio a los gentiles: «En virtud de la gracia que me fue dada por Dios de ser agente de Cristo Jesús, ante los gentiles, ejerciendo la función sagrada del Evangelio de Dios a fin de que la oblación de los gentiles sea accepta, santificada en el Espíritu Santo» ².

En la carta a los Efesios ³ señala esta tarea como muestra especial de la gracia de Dios: «A mi, menor que el más pequeño de todos los santos, me fue otorgada esta gracia, la de anunciar a los gentiles las riquezas de Cristo, imposibles de rastrear, y de

1. 1 Tim. 2, 7.

2. Rom. 15, 15-17.

3. Eph. 3, 8.

iluminar a todos, dando a conocer cual sea la economía del misterio».

Esta convicción personal suya vendrá posiblemente de las palabras de Jesús, que envió al discípulo Ananias a Pablo, recién convertido, diciéndole: «Anda, porque vaso de elección es éste para mí, destinado a llevar mi nombre delante de las naciones...» ⁴.

Antes de ser llevado a la fortaleza Antonia y de narrar su conversión, el mismo Pablo repetía las palabras que Jesús le dijo: «Anda, que yo te enviaré a lejanas naciones» ⁵.

No quiero repetir aquí todo lo que ya se ha dicho y escrito sobre San Pablo como misionero, pero quiero demostrar que el Apóstol Pablo, al llevar a cabo su misión, no tenía solamente ante los ojos la universalidad del Evangelio del Señor, sino que también reconocía como posible —y esto por primera vez en la historia de la humanidad— la unidad del género humano y la colaboración de todos los pueblos, con visión sobrenatural.

En sus tareas de enseñanza, San Pablo desconoce no solamente toda barrera entre libres y esclavos, sino también, entre griegos y bárbaros, o sea, entre los que se encuentran dentro y fuera de la cultura grecorromana. Con esta forma de enseñanza también se hace actual San Pablo en nuestro tiempo, porque hoy se intenta hallar con mucho afán nuevas fórmulas, nuevos sistemas y nuevos caminos para encontrar y para realizar la unidad espiritual de un mundo que se unifica geográficamente cada vez más, asegurando de ese modo la paz de todos los pueblos.

Sé muy bien que ya antes de San Pablo no faltaron intentos filosóficos para llegar a la suposición de una humanidad única que superara los límites de lengua y raza. Pienso, por ejemplo, en la escuela filosófica grecorromana de la Stoa la cual enseñaba que por la suposición de un «pneuma del mundo» se pueden superar todos los contrastes humanos; porque como con un

4. Act. 9, 15.

5. Act. 22, 21.

aliento ardiente, según concepción estoica, el pneuma como alma mundial penetra todo el cosmos, lo junta y lo aviva. También el hombre está comprendido en ello y recibe parte de la naturaleza divina.

El escritor griego Polibio hablaba en su doctrina sobre principios de la ley natural que abarcan a todos los hombres y que debían ser intocables para todos. El filósofo sirio griego Posidonio quería demostrar que la unidad del género humano resulta del conocimiento de Dios y afirmaba que no existían diferencias entre griegos y bárbaros en el conocimiento de la deidad. En su descripción sobre la sublevación de los esclavos sicilianos, él señaló los comunes principios jurídicos humanos, valederos también para los esclavos. Pero, a pesar de la unidad fundamental del género humano, él opinaba que la guerra es un fenómeno necesario e inevitable.

Séneca, que tenía una visión arquitectónica unitaria del género humano, sostenía que todos los hombres tenían derecho a la ciudadanía mundial y reprobaba la guerra. En su «Epístola»⁶ escribía las famosas palabras: «Homo sacra res homini», o sea, que el hombre debe ser tratado por los demás como una cosa santa.

Las especulaciones filosóficas de la Stoa se basan en un monismo panteísta, el cual no asignaba al individuo ningún valor y al que faltaba, sobre todo, el móvil del alma inmortal.

Totalmente distinta se muestra la doctrina de San Pablo. El no conocía a la Stoa. Después de su conversión, se abrieron nuevos conocimientos a su mirada espiritual, inaccesibles hasta entonces a su persona y a su visión del mundo, que cambiaron completamente su vida anterior. Cristo, el nuevo Adán, le enseñó nuevos puntos de vista para el futuro del género humano. El pecado original, la redención por Cristo, Cristo como cabeza de su cuerpo místico, le abren nuevos criterios y le dan nuevos impulsos para una nueva comunidad y unidad de todos los hombres. La convicción subjetiva de su llamamiento como maestro

6. SENECA, *Ep.* 95. 33.

de los gentiles no es solamente el fruto de una reflexión razonada, sino, sobre todo, de la fe y de la Gracia divina.

Si contemplamos frente a ello los intentos actuales de unir al género humano y vemos, por otra parte, cómo han fracasado estos tanteos en los últimos cuarenta años, entonces tenemos que plantear la pregunta del porqué y señalar la falta de ideas espirituales constructivas, sobre cuya base se puede llegar a una duradera unión de los pueblos.

Lo trágico de la visión ateísta del mundo, que es en cierto modo fundamento de las Naciones Unidas, se hace visible. Vemos hoy la miseria del hombre moderno, que, como el hijo pródigo, troca en humana su misión divina, y así fracasa.

Pero volvamos a la doctrina de San Pablo sobre la unidad del género humano y su destino divino, como él lo describe en sus cartas.

I

San Pablo no inventó ni esbozó la idea del universalismo, la visión de la unidad del género humano, como suponen los racionalistas ⁷. Fue el mismo Jesucristo quien, con toda claridad, dijo a sus Apóstoles y discípulos estas palabras: «Id, pues, y predicad a *todas las gentes*, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todas cuantas cosas os ordené» ⁸. Aunque Jesús respetó durante su misión terrenal el privilegio del pueblo mesiánico, es decir, tener el primer derecho a recibir la buena nueva —«No fui enviado sino a a las ovejas descarriadas de la casa de Israel» ⁹— y aunque del mismo modo instruía a sus discípulos durante sus tareas públicas de enseñanza —«No vayáis camino de los gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos» ¹⁰—, sin embargo Jesús mismo

7. Cf. Ench. Biblicum, 215, 222, 244.

8. Mt. 28, 19.

9. Mt. 15, 24.

10. Mt. 10, 5.

no excluyó nunca a los gentiles del beneficio de sus milagros. Recordemos solamente la curación del criado del centurión romano ¹¹ y de la mujer cananea, que era gentil ¹². El anciano Simeón saludaba a Jesús en su presentación en el templo con las siguientes palabras: «Ya vieron mis ojos tu salud, que preparaste a la faz de todos los pueblos: luz para iluminación de los gentiles...» ¹³. Y Jesús profetizaba: «Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente y se recostarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; en cambio, los hijos del reino serán echados a las tinieblas de allá fuera» ¹⁴. Jesús fundó su reino mesiánico, su Iglesia, con el destino de reunir a *todos los hombres* ¹⁵, a que haya «un solo rebaño, un solo pastor» ¹⁶. El mismo Jesús daba el precepto ilimitado a sus Apóstoles: «Id al *mundo entero* y predicad el Evangelio a *todas las criaturas*» ¹⁷ y añadió: «Y seréis mis testigos... hasta el último confín de la tierra» ¹⁸.

De ese modo se preparó el terreno para un mensaje universal a toda la humanidad.

Los Hechos de los Apóstoles nos informan que el diácono Felipe convirtió a un oriental y bautizó «un etiope» ¹⁹, tesorero de la reina de Candace. Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, bautizó al primer gentil, el centurión Cornelio ²⁰. Seguidamente nos informan los Hechos de los Apóstoles del primer movimiento misionero de la Iglesia primitiva ²¹, como consecuencia de este movimiento «eran algunos de entre ellos, chipriotas y cirinenses, los cuales, venidos a Antioquía, hablaban también a los grie-

11. Mt. 8, 5-13.

12. Mc. 7, 26.

13. Lc. 2, 32.

14. Mt. 8, 11.

15. Lc. 13, 29; Mc. 4, 30-32; Mt. 12, 33.

16. Io. 10, 16.

17. Mc. 16, 15.

18. Act. 1, 8.

19. Act. 8, 27.

20. Act. 10, 1-48.

21. Act. 11, 1-18.

gos anunciando al Señor Jesús»²². Estos desconocidos catequistas, originarios de Chipre y Cirene, eran entonces los primeros que empezaban el trabajo misional entre los gentiles. Ese fue el origen de la primera comunidad pagano-cristiana en la Antioquia siria, reconocida por la Madre Iglesia de Jerusalén²³ como resultado de la visita del levita chipriota Bernabé, que fue enviado desde Jerusalén²⁴.

II

Sería imposible atreverse a sostener que Pablo hubiese recibido ya de su familia el sentido y disposición para el universalismo. Es cierto que Tarso, donde él nació, era una conocida ciudad griega, famosa por sus filósofos y pedagogos, que llegaron hasta la corte imperial de Roma²⁵. Pero su familia muy adicta al partido de los fariseos, hacía todo para alejar a Pablo de la influencia pagana. De otra manera no se entendería bien su fanatismo por la ley mosaica antes de su conversión. No es imposible que la ciudad griega Tarso, donde él se quedó todavía cinco años después de su conversión, le hubiese influido y dado ideas para su trabajo misional. Pero escuchemos a Pablo mismo: «Yo fariseo soy, hijo de fariseos»²⁶. De su educación ortodoxamente farisea informa en su carta a los Filipenses²⁷, aunque él tenía la ciudadanía romana²⁸. La educación de San Pablo fue, por lo tanto, por su familia nacionalista, exclusivista e intransigente. Desde su hogar no le acompañó nada que le hubiera aproximado a un pensamiento universalista. El acontecimiento de Damasco no le desligó solamente de su postura judía, sino que también le abrió perspectivas universales.

22. Act. 11, 20.

23. Act. 11, 22-24.

24. A. EHRHARD, *Iglesia primitiva y catolicismo*. Bonn, 1935, p. 35.

25. Cf. DUNIN-BORKOWKY, *La Nueva Iglesia*. Hildesheim, 1932, p. 129.

26. Act. 23, 6.

27. Phil. 3, 5.

28. Act. 22, 28.

A la primera comunidad pagano-cristiana en la Antioquía siria no le impresionó solamente su conversión, sino también su persona y su nueva postura. Bernabé se fue a Tarso con objeto de buscar a Pablo y traerle a esta ciudad para el trabajo misionero ²⁹. Durante un año entero predicó allí el Evangelio a los paganos con un éxito tan grande, «que en Antioquía los discípulos fueron denominados por primera vez cristianos» ³⁰. En Antioquía, donde se encontraba la cultura griega con la siria y hebrea, Pablo hizo sus primeras experiencias con los gentiles ³¹. Aquí Pablo encontró por primera vez un ambiente pagano-cristiano, cuya lengua delata hoy todavía las huellas del helenismo ³².

Pablo se limitó en su trabajo misionero al mundo grecorromano. Según sus planes quería predicar primero el Evangelio donde los demás Apóstoles todavía no habían desplegado sus actividades ³³. En la carta a los Romanos ³⁴, motiva su plan a tal respecto: «Imponiéndome, empero, como punto de honra, la norma de no predicar el Evangelio sino donde Cristo no había sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno». Por este motivo su mirada tenía que ir en tres direcciones: al Asia Menor, a Grecia y al Mediterráneo ³⁵. Todo esto era el mundo grecorromano de entonces, influido por el espíritu del helenismo.

Encontramos también en el helenismo una cierta superación de fronteras nacionales y aspiración a una mayor unión super-nacional, de modo que la lengua común helenística y la cultura griega crearon desde Alejandro Magno un vínculo común con los países del Mediterráneo. La mezcla de la cultura griega con las orientales creó además una forma de vida favorable al sincretismo religioso, o sea, al gran número de dioses del Olimpo le

29. Act. 11, 25.

30. Act. 11, 26.

31. Cf. HAAG, *Lexico de la Biblia*, 1951, p. 74.

32. LThK, 8. 1, p. 29, efe.

33. Cf. A. FREITAG, *Pablo construye la Iglesia mundial*. Mödling, 1951, p. 104.

34. Rom. 15, 20.

35. Cf. FREITAG, *o. c.*, p. 2.

añadieron muchas deidades orientales, una parte por soldados y otra parte por comerciantes. Las religiones misteriosas del oriente se extendieron y aumentaron el afán de garantías para una vida feliz en el más allá.

Las escuelas filosóficas no eran capaces de aclarar la confusión religiosa y moral, ni de retardar el desmoronamiento canceroso de las clases sociales paganas: La esclavitud, el contraste de las clases, el afán de dinero y posesión, la crueldad y la ausencia del amor al prójimo, eran las características. Aunque la ética del helenismo (la Stoa), en teoría enseñaba la igualdad de los hombres, no entraron de verdad tales concesiones en la vida social y política, sino que más bien permanecieron reservadas a unos pequeños grupos de intelectuales. El culto oficial del Imperio romano era el único vínculo común en este mundo turbulento, por lo que se creaba una cierta unidad internacional ³⁶.

Este es el ambiente en que San Pablo desarrollaba sus actividades. Este era el mundo en que él predicaba la religión universal del Evangelio, acentuando la supernacionalidad de dicho Evangelio.

III

El mensaje universal de Cristo recibe su primera síntesis teológica por obra de San Pablo y sus inmortales cartas, como la primera historia de la Iglesia, o sea, los Hechos de los Apóstoles, lo atestiguan suficientemente. Junto a esta teología está la Cruz de Cristo ³⁷, o sea, la redención de *todos* los hombres sin diferencia de razas ni de estructura social. La base de esta redención universal es el Dios Uno Creador del universo, el Padre misericordioso de todos los hombres, con el deseo y la intención de que todos los hombres lleguen a la salvación.

La predicación del Apóstol Pablo funda sobre esta base la doctrina cristiana para los pueblos paganos. Ejemplos clásicos

36. Cf. HAAG, *Léxico de la Biblia*, 684, efe.

37. 1 Cor. 1, 17.

de ello son sus discursos en Listra y Licaonia y en el Areópago de Atenas.

En Listra, Pablo y Bernabé, después de la maravillosa curación de un cojo, fueron considerados como dioses, bajados del Olimpo y celebrados así por la multitud entusiasmada, que se dispuso a ofrecer sacrificios en su honor. Pablo, según descripción de los Hechos de los Apóstoles ³⁸, protestó en seguida de manera solemne: «Hombres, ¿qué es eso que hacéis? También nosotros somos hombres de igual condición que vosotros, que os predicamos que, dejadas esas cosas vanas, volváis al Dios viviente, el que hizo el cielo, la tierra y el mar y todo cuanto existe en ellos... El derrama bienes, dándoos desde el cielo lluvias y estaciones fructíferas, llenando de sustento y de alegría vuestros corazones».

Durante su primera visita a Atenas se pone en el Areópago al habla con los hombres de Atenas y señala a la estatua de un dios desconocido, para tener un punto de partida para su fogoso discurso y al mismo tiempo para acentuar la unidad del universo por el Dios Uno y Creador: «Porque pasando —así dice en su discurso del Areópago— y considerando atentamente vuestros monumentos sagrados, me encontré también con un ara, en la cual se leía esta inscripción: AL DIOS DESCONOCIDO. Lo que, pues, sin conocerlo, veneráis, esto os anuncio yo. El Dios que hizo el mundo y todo cuanto hay en él, éste que es el Señor del cielo y la tierra... el que a todos da vida, respiración y todas las cosas; e hizo, procedentes de uno sólo, toda raza de hombres, destinados a habitar sobre toda la faz de la tierra» ³⁹.

Este Dios Uno y Creador, que es verdadero y vivo ⁴⁰, padre y beneficiador de todos los hombres ⁴¹, no conoce ninguna diferencia de razas, pueblos o personas ⁴². Ante Dios todos los

38. Act. 14, 11-12.

39. Act. 17, 23-26.

40. 1 Tes. 1, 9; 2 Tes. 1, 8-9; 2 11-12; 1 Cor. 8, 5-6.

41. Eph. 4, 46.

42. Rom. 2, 11; 3, 29; 10, 12-26.

hombres son iguales o, como dice en la Epistola a los Romanos ⁴³: «Que no hay aceptación de personas para Dios».

Así como la procedencia unitaria del Dios Creador les demuestra a las razas humanas un origen común, así una también la culpa humana común y la voluntad bienhechora de Dios, de salvar a todos los hombres y, desde el orden sobrenatural, crea un nuevo vínculo de unión. En el quinto capítulo de la carta a los Romanos ⁴⁴, Pablo alega a los elementos de culpa y salvación, que encierran siempre como presupuesto la unidad del género humano. «Pues si —dice él— por el delito de uno solo reinó la muerte por culpa de este solo, así también por la obediencia de uno solo serán constituidos juntos los que son muchos». Los que son muchos quiere decir en este caso, todos los hombres. Justamente en cuanto a la salvación de los hombres, sobresale de modo más significativo la igualdad de todos y la concordia dada por ella. Así dice, por ejemplo, en la primera Epistola a Timoteo ⁴⁵: «El —quiere decir el Salvador— quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al pleno conocimiento de la verdad». También por la desobediencia y la culpa todos han llegado a ser iguales y todos tienen el mismo derecho a la misericordia divina, la cual, según Pablo, Dios ofrece a todos sin diferencia. Escuchemos otra vez de la carta a los Romanos capítulo once, esta frase ⁴⁶: «Porque a todos igualmente encerró Dios dentro de la rebeldía, para usar de misericordia con todos». Por esto el Apóstol recomienda a sus fieles que recen por todos los hombres ⁴⁷. Y nosotros podríamos añadir que una oración para todos equivale a un acto de amor por todos.

El concilio de Carisiaco (que es Quiersy en Francia, año 853) explica estas palabras de San Pablo así: «El Dios Todo-

43. Rom. 2, 11.

44. Rom. 5, 12, 18, 19.

45. 1 Tim. 2, 4.

46. Rom. 11, 32.

47. 1 Tim. 2, 1.

poderoso quiere que todos los hombres, sin excepción, sean salvados, aunque todos no se dejen salvar ⁴⁸.

IV

A los factores unitarios pertenecen en la opinión del Apóstol Pablo no solamente Dios Padre como Creador del mundo y del primer hombre, y Cristo —como Redentor—, abrazando con su amor a toda la humanidad caída, sino también, el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, que conduce el sentir de los hombres a una mayor unidad. Porque, por encima de todos «en un mismo espíritu todos nosotros fuimos bautizados... y a todos se nos dio a beber un mismo Espíritu» ⁴⁹. Con estas palabras, encontrándose en Asia Menor, en Efeso, Pablo podía tender el arco de unidad cristiana, para su tiempo, hasta Corinto, o sea, que el poderoso espíritu de Dios que tiende puentes del cielo a la tierra sin cesar tiene también la fuerza y el poder para ayudar a tender puentes sobre todos los límites de lenguas y naciones, así como sobre todos los telones de acero.

Recordemos un momento a Posidonio, antes mencionado, que quería hacer depender la unión del género humano precisamente del conocimiento de Dios. Si Pablo hubiera conocido tanto los escritos de él como la doctrina de los demás estoicos, entonces seguramente habría hecho suyo este afán, en el que se manifestaban pensamientos elevados del tiempo pre-cristiano. Pero así llegamos a un nuevo punto de vista que resume la unidad de la doctrina del Apóstol San Pablo. Es su imagen de la Iglesia, para la cual no hay separación, como había entonces entre las barreras étnicas insuperables. Según San Pablo, en la Iglesia no hay «griego ni judío, circunciso e incircunciso, bárbaro y escita, esclavo, libre, sino todas las cosas y en todos Cristo» ⁵⁰.

48. Cf. DEZINGER-RAHNER, *Enchiridion Symbolorum*, 1952, 318.

49. 1 Cor. 12. 13.

50. Col. 3. 11.

Si tenemos en cuenta que en el tiempo de entonces se daba un contraste insuperable y natural entre judíos y griegos o entre judíos y paganos, y si además sabemos que para un ciudadano del mundo griego existía el mismo contraste entre griegos y bárbaros, entre los cuales sobresalían los escitas como especialmente salvajes ⁵¹, entonces se hace comprensible que Pablo para su tiempo, en su manera de ver las cosas tuviera algo infigurable y nuevo. La Iglesia para él es el fundamento y la base de una nueva unidad supernacional y de asociación de los pueblos ⁵². Para la unión orgánica de la Iglesia de Cristo, crea la expresión del cuerpo místico de Cristo. En este cuerpo, todos los bautizados están unidos uno al otro, aunque sean, según su origen nacional, judíos o gentiles. Porque Jesús quería unir los dos pueblos en Dios y deshacer la enemistad entre judíos y gentiles por el sacrificio de la Cruz. Y así sigue en el capítulo doce de la primera Epístola a los Corintios: «Porque en un mismo espíritu todos nosotros fuimos bautizados, ya judíos, ya griegos, ya esclavos, ya libres. Y a todos se nos dio a beber un mismo espíritu» ⁵³. La vitalidad de este cuerpo místico crece por la actividad de sus órganos y, sobre todo, por la caridad ⁵⁴.

Ahí está el secreto de la Iglesia desde los días de Pablo hasta nuestro tiempo. A pesar del contraste de las naciones, de las razas, de las clases sociales, crece la unión por la fe y por el amor al prójimo.

Pues, lo que la «Sociedad de Naciones» o las «Naciones Unidas» han intentado a su manera, no ha sido solamente idea, sino una realidad, durante siglos, en el terreno de la Iglesia. El último Congreso Eucarístico Mundial en Munich, en el que también tomaron parte muchos españoles, en el mundo de tensiones y contrastes de hoy, demostró de manera efectiva la unión supernacional de la Iglesia, por encima de todos los límites de

51. Cf. NARDONI-ROBALDO, *El nuevo Testamento*, Roma 1949, 590, n. 11.

52. Cf. HAAG, o. c., 920.

53. 1 Cor. 12, 13.

54. Eph. 4, 15.

lenguas, de naciones y razas. Y en Munich no solamente se podía oír todos los idiomas importantes de la tierra, sino también ver todos los colores de piel. Así se afianzaba la unión en la fe de Cristo, apareciendo como cuerpo místico de Cristo.

Una aplicación práctica de la unidad de la Iglesia, por encima de los límites de cultura y pueblos de entonces, fue para Pablo la organización de la caridad. En sus viajes misioneros, efectuó por todas partes colectas para las iglesias pobres y, especialmente, para la madre Iglesia de Jerusalén. El socorro mutuo debía ser una expresión, una demostración de la igualdad y unidad ⁵⁵.

V

Al Apóstol Pablo se le representa con la espada, para recordar por un lado su martirio, y por otro también, la dura lucha que tuvo que sostener para llevar a cabo su mensaje y su doctrina. Sus severos adversarios en esta lucha eran los judaizantes, que no se podían desligar de la mentalidad farisea. Estos sostenían que la ley de Moisés y la circuncisión eran una condición indispensable para los paganos convertidos. Así formaron una oposición con las comunidades pagano-cristianas de la Iglesia. De esta forma amenazaron no solamente la libertad y la igualdad en el Evangelio, sino, al mismo tiempo, el carácter universal de la religión cristiana.

A estos fanáticos judaizantes les llamaba Pablo «falsos hermanos» ⁵⁶, «falsos apóstoles» ⁵⁷. «¡Ojo con los malos obreros!», así exclama, «¡ojo con la mutilación!» ⁵⁸. El nacionalismo fariseo era uno de los grandes peligros de la primera generación cristiana, así como más tarde, especialmente en los siglos **ix** y **xx**, el nacionalismo ha hecho los más graves perjuicios a la Iglesia.

55. Cf. 2 Cor. 8, 8.

56. Gal. 2, 4.

57. 2 Cor. 11, 12.

58. Phil. 3, 2.

Estos judaizantes en vestiduras fariseas aprovecharon cada medio de difamación y de soplonería para hacer sospechoso el trabajo del apóstol con los pagano-cristianos. Sabemos que en el primer Concilio de los Apóstoles ⁵⁹, se arregló este conflicto, se superó el gran peligro, acentuando la fe en Cristo como único medio de salvación para todos, y no exigiendo el cumplimiento de la ley judía (a excepción quizá de algunos preceptos disciplinares). Así empezaron a desaparecer las barreras entre judíos y paganos en interés de la unión de los cristianos y de la Iglesia. Seguro que ningún otro poder de entonces hubiera sido capaz de superar estos contrastes culturales. Apenas podemos figurarnos hoy qué nueva, y en parte chocante, era para el tiempo de entonces la doctrina universal del Evangelio, por la que Pablo tuvo que poner en peligro muchas veces su vida. En el tercer capítulo de la carta a los Efesios ⁶⁰, acentúa esta nueva unión de los hombres alcanzada por Cristo, de los que venían de esferas culturales enemigas: «A saber, que los gentiles son coherederos y miembros de un mismo cuerpo y justamente partícipes de la promesa de Cristo Jesús por medio del Evangelio, del cual fui constituido ministro según el don de la gracia de Dios... A mí, menor que el más pequeño de todos los Santos, me fue otorgada esta gracia, la de anunciar a los gentiles las riquezas de Cristo imposibles de rastrear...» ⁶¹. En esta lucha contra la dirección judaizante de la primera Iglesia, Pablo quedó como heraldo inmortal de la universalidad del Evangelio y de la unión de los hombres, iniciada por ella. Los césares romanos tendieron al mundo griego y romano sus calzadas romanas, y de este modo, la «romanidad», así como el título de ciudadanía romana. El Doctor de los paganos recorrió estas calzadas predicando en estos reinos el concepto de la «catolicidad», lo que más tarde llevó a San Paciano a la fórmula: «Cristo es mi nombre y católico mi apellido» ⁶².

59. Cf. Act. 15, 9-17.

60. Eph. 3, 6.

61. Eph. 3, 6-9.

62. Cf. *Enchiridion Patristicum*, 12, 43.

En la basílica de San Pablo Extramuros se guardan las cadenas del Apóstol, de las que él se vanagloriaba, porque le permitieron hacer penetrar el Evangelio hasta el palacio imperial ⁶³. San Juan Crisóstomo tuvo el deseo de peregrinar hasta Roma para venerar estas cadenas ⁶⁴. San Gregorio el Grande narra los milagros efectuados por medio de estas cadenas y cuenta que los fieles de todas las naciones solicitaban parte o, por lo menos, limaduras de ellas ⁶⁵. Hoy se conservan todavía doce eslabones. No se las puede contemplar sin emoción, porque recuerdan los sufrimientos del Doctor de los gentiles. Todavía oímos, en cierto modo, sus palabras: «Yo, Pablo, el prisionero de Cristo Jesús, por vosotros los gentiles» ⁶⁶.

No somos solamente herederos de las cartas de Pablo, escritas con la sangre de su corazón, sino también de la idea, expresada por primera vez en ellas, de intentar en paz la unión del género humano. Porque hasta hoy, todos los intentos de la humanidad para unirse también espiritualmente, y no sólo desde el punto de vista de la técnica y del comercio, han quedado sin éxito. Cicerón escribió ⁶⁷: «*Duarum civitatum civis esse nostro iure nemo potest*», o sea, según el derecho romano, no había doble ciudadanía. Pero Pablo enseñaba al mundo romano, que, según su Evangelio, todos podían estar ligados en la unidad de una religión, sin tener que renunciar a su propia nacionalidad. Esta es también la nueva divisa de las misiones cristianas que tienen que imponerse con su mensaje, contra prejuicios nacionales, racistas y sociales. Nadie de los que se atan a esta unión mayor de la Iglesia de Cristo, tiene que renunciar a su propia nacionalidad o raza, sino que tiene la posibilidad de contribuir con lo valioso de la riqueza de su pueblo a la Iglesia dentro de esta unidad.

63. Phil. 1, 12-14.

64. Cf. Homil. 8 a la Ep. Eph.

65. Epist. 8, 30, a Constantino Augusto.

66. Eph. 3, 1.

67. Pro L. Cor. Balbo, 9.

Por eso, la Iglesia universal de Cristo usa con éxito, especialmente hoy, el método de acomodación de San Pablo, que declara en su primera carta a los Corintios ⁶⁸: «Me he hecho todo a todos para de todos modos salvar a algunos. Y esto hago por causa del Evangelio». En este sentido, Pío XII, en su Encíclica *Summi Pontificatus* ⁶⁹, ha encontrado las sabias palabras de que a la Iglesia le importa no una uniformidad de los pueblos, sino una unión de orden mayor: «La Iglesia de Cristo, fiel depositaria de la sabiduría divina, no puede pensar, ni piensa perjudicar o disolver las características particulares que cada pueblo —con especial celo y comprensible orgullo— conserva y considera como un patrimonio precioso. Su fin es la unidad *sobrenatural en el amor universal, sentido y practicado*, no la uniformidad exclusivamente externa, superficial y por consiguiente debilitante». Así dijo Pío XII.

Cuando nos hagamos más cargo de la unión de los pueblos en la única Iglesia de Cristo, entonces, el amor y el socorro recíproco serán también una expresión siempre más fuerte de ello. ¿No corresponde al espíritu de San Pablo, que en su tiempo colectaba para las comunidades necesitadas de la Iglesia, el hecho de que hoy en Alemania la acción «Misereor», y en Austria la acción «Hermanos en necesidad», colecten millones de marcos y chelines para poder comprobar la unión cristiana entre Europa, Africa y Asia no sólo con palabras, sino con hechos? Con este espíritu han apelado no sólo Pío XII, sino, sobre todo Juan XXIII y Pablo VI, a la ayuda para Latinoamérica y las naciones jóvenes de Africa, las cuales, a paso rápido, han aspirado a su independencia, o están a punto de conseguirla. Juan XXIII escribe sobre esto en su encíclica «Mater et Magistra»: «Nuestra época está recorrida y penetrada de errores radicales, está sacudida por desórdenes profundos; pero, sin embargo, es también una época en la cual se abren al cielo de la Iglesia posibilidades inmensas de bien».

68. 1 Cor. 9, 22-23.

69. AAS 1939, 31, p. 428, etc.

Así como antaño un macedonio se apareció al Apóstol Pablo en una visión y le rogó: «Ven a Macedonia y socórrenos» ⁷⁰, así aparecen a la vista de la Iglesia de Europa los pueblos de Africa y Asia. «Socorrednos». Y ¡ay de nosotros! si nosotros que nos llamamos católicos, no oímos esta llamada. Hay que comprobar que la Iglesia de Cristo, la Iglesia de Roma, nuestra Iglesia, pasa las fronteras nacionales, y contrastes de razas y barreras sociales, haciéndose verdaderamente católica, y universal, no sólo en la fe, sino también en el amor al prójimo auxiliador y práctico.

Ha sido San Pablo el que primero reconoció en la luz del mensaje de Cristo la llamada a la unión del género humano en paz y concordia y, por ello, trabajó incansablemente, viajó, escribió cartas y predicó. Sabemos hoy, que la así llamada creencia del progreso ha puesto al catolicismo y laicismo en posiciones opuestas, produciéndose más graves contrastes entre los pueblos, que acaso en tiempo de San Pablo. El mundo busca hoy con el corazón sangrante el arquitecto capaz de unir nuestro mundo no sólo geográficamente, sino también en sentido espiritual. Nuestro deber es conocer mejor en estos días la misión de la Iglesia supernacional y unidora de los pueblos, y de este modo, atender mejor las posibilidades de la Iglesia para trabajar por la paz del mundo. Así podemos erigir a San Pablo el más hermoso monumento.

70. Act. 16. 9.